



LA ESPERANZA EN LA LITURGIA

En los números 1818-1820 del Catecismo de la Iglesia católica se nos da una definición muy clara y completa del significado de la virtud de la esperanza cristiana. Una virtud que eleva nuestro corazón con la certeza de la vida con Dios nuestro Padre, que empieza ya ahora aquí en este mundo, pero que tiene su plenitud en la vida eterna. La esperanza corresponde al anhelo de felicidad que tiene toda persona y que encuentra en Jesús y su evangelio el camino para hacerse realidad. Ciertamente, la esperanza está fundamentada en la resurrección de Cristo que nos abre las puertas de la vida por siempre, pero que, a la vez, nos ayuda a vivir en este mundo con ilusión, optimismo, superando las pruebas del camino porque tenemos la mirada puesta en la meta, y con la fuerza del Espíritu Santo. La vida con Dios la empezamos a vivir ya de alguna manera aquí, por la fe y el bautismo que nos hacen hijos suyos, pero todavía no del todo, en espera de la plenitud.

Sabemos que la liturgia es «la fuente y la cumbre» de toda la vida cristiana porque en ella se hace presente la acción salvadora de Dios en Jesucristo; en la celebración se actualiza el misterio pascual, con lo cual recibimos los frutos de la santificación obtenidos por el mismo Cristo, que se hace presente en ella.

Pero a la vez la liturgia es la mejor expresión de la fe cristiana: los textos, oraciones, símbolos, gestos... manifiestan de forma privilegiada los contenidos de lo que creemos los cristianos, más aún, los celebramos y los vivimos (fe creída, fe celebrada, fe vivida).

Hablando, pues, de la esperanza, en la liturgia podemos encontrar los contenidos de lo que creemos los cristianos sobre esta virtud, y a la vez cómo los celebramos y cómo los vivimos. En los textos que usamos en las celebraciones encontramos una fuente muy rica que nos contagia esperanza, consuelo y confianza para nuestra vida. Todos pasamos momentos oscuros, con dudas, dolores y tristezas de toda clase. Pero nuestra fe (en este caso celebrada) nos trae un mensaje de luz, paz y alegría. Sin olvidar que la esperanza forma una unidad con las otras dos virtudes teológicas: la fe y la caridad. Las tres están muy relacionadas y aparecen como realidades complementarias de la misma experiencia cristiana.

Ofrecemos algunos textos del misal que nos ayudan a ver (más aún, a vivir) la esperanza en nuestras celebraciones. Evidentemente, son solo una muestra, unos sencillos ejemplos de la riqueza doctrinal y espiritual que contiene la liturgia cristiana.

1. La esperanza en la meta

Constatamos que la mayoría de veces que aparecen las palabras *esperar* o *esperanza* se refieren a la plenitud de la vida eterna con Dios nuestro Padre y con Jesús resucitado al final de la vida mortal, así como también a la venida definitiva del Señor al final de los tiempos.

- Lo constatamos en la misma Profesión de fe (en este caso el Credo largo o niceno-constantinopolitano), también llamada significativamente "Símbolo de la fe" (porque es la fórmula donde están resumidos los contenidos fundamentales de la fe cristiana):

Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

- Después de la consagración también decimos:

Este es el Misterio de la fe: anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!

Esta expresión es una adaptación del *Marana tha*, fórmula litúrgica de las primeras comunidades cristianas recogida por san Pablo (1Cor 16,22).

- En las intercesiones por los santos y por los difuntos de las diversas plegarias eucarísticas. Citamos aquí la II y la III:



Acuérdate también de nuestros hermanos que durmieron en la esperanza de la resurrección y de todos los que han muerto en tu misericordia... Ten misericordia de todos nosotros y así, con María, la Virgen Madre de Dios, los apóstoles y cuantos vivieron en tu amistad a través de los tiempos merezcamos, por tu Hijo Jesucristo, compartir la vida eterna...

Que él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos: con María, la Virgen Madre de Dios, los apóstoles y los mártires y todos los santos, por cuya intercesión confiamos obtener siempre tu ayuda... Y a todos nuestros hermanos difuntos y a cuantos murieron en tu amistad recíbelos en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria.

- Después del Padrenuestro rezamos también una bella expresión del apóstol Pablo (Tit 2,13): *aguardando la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo*. Lo decimos con palabras muy parecidas:

...mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

- Y, evidentemente, en los textos propios de las misas de difuntos, por ejemplo el prefacio I:

En él brilla la esperanza de nuestra feliz resurrección, y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo.

2. Una esperanza activa

El Adviento es un tiempo litúrgico privilegiado para vivir esta esperanza; una esperanza, sin embargo, que no se limita a esperar una cosa futura, sino que tiene otras implicaciones importantes.

- Por ejemplo, el concepto que en liturgia denominamos memorial. Esta categoría no solo hace memoria de un acontecimiento pasado, sino que lo hace presente aquí y ahora y lo proyecta hacia el futuro; es decir, aglutina en un solo acto los tres tiempos (pasado, presente y futuro). Es un concepto teológico que se aplica a la liturgia, a los sacramentos, especialmente a la Eucaristía, pero también se puede aplicar a esta venida del Señor que esperamos y preparamos en el Adviento: Jesucristo vino (encarnación), vendrá a encontrarnos al final de nuestra vida y al final de los tiempos, pero también viene ahora, se hace presente en nuestra vida de cada día y esto nos da esperanza. Lo vemos, por ejemplo, en los prefacios I y III de Adviento:

Cristo, Señor nuestro... al venir por vez primera en la humildad de la carne, realizó el plan de redención trazado desde antiguo y nos abrió el camino de la salvación, para que cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar.

Tú nos has ocultado el día y la hora en que Cristo, tu Hijo, Señor y Juez de la historia aparecerá, revestido de poder y gloria, sobre las nubes del cielo. En aquel día glorioso pasará la figura de este mundo y nacerán los cielos nuevos y la tierra nueva. El mismo Señor que nos mostrará entonces lleno de gloria viene ahora a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la espera dichosa de su reino.

- Esta esperanza no es una simple espera pasiva, sino una esperanza activa, que implica una colaboración para ayudar a que se realice aquello que deseamos, que demanda unas actitudes para conseguir aquello que esperamos. Esto se ve también en los textos litúrgicos propios del Adviento, por ejemplo, la oración colecta de los domingos I y II:

Dios todopoderoso, aviva en tus fieles, al comenzar el Adviento, el deseo de salir al encuentro de Cristo, que viene, acompañados por las buenas obras, para que, colocados un día a su derecha, merezcamos poseer el reino eterno.

Señor todopoderoso, rico en misericordia, cuando salimos animosamente al encuentro de tu Hijo, no permitas que lo impidan los afanes de este mundo; guíanos hasta él con sabiduría divina para que podamos participar plenamente de su vida.

3. La esperanza en nuestro camino

Pero esta esperanza en la meta no nos evade de la vida real y concreta, sino que nos da fuerza y esperanza para avanzar en el camino de cada día. Veámoslo ejemplificado con algunos textos litúrgicos:

- Las plegarias eucarísticas de las misas por diversas necesidades (antes conocidas como plegaria eucarística V) contienen un lenguaje y unas implicaciones muy concretas en la vida presente de los cristianos.

I (V/a). Fortalécenos con este mismo Espíritu a todos los que hemos sido invitados a tu mesa, para que todos nosotros, pueblo de Dios, con nuestros pastores, el papa N., nuestro obispo N., los presbíteros y los diáconos, caminemos alegres en la esperanza y firmes en la fe, y comuniquemos al mundo el gozo del Evangelio.

III (V/c). *Que todos los miembros de la Iglesia sepamos discernir los signos de los tiempos y crezcamos en la fidelidad al Evangelio; que nos preocupemos de compartir en la caridad las angustias y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres, y así les mostremos el camino de la salvación.*

IV (V/d). *La Iglesia... da testimonio de tu amor en el mundo y abre a todos las puertas de la esperanza. De esta forma se convierte en un signo de fidelidad a la alianza que has sellado con nosotros para siempre.*

- Lo vemos también en el prefacio VI para los domingos del tiempo ordinario:

En ti vivimos, nos movemos y existimos; y, todavía peregrinos en este mundo, no solo experimentamos las pruebas cotidianas de tu amor, sino que poseemos ya en prenda la vida futura, pues esperamos gozar de la Pascua eterna porque tenemos las primicias del Espíritu por el que resucitaste a Jesús de entre los muertos.

- O en la oración colecta de los domingos XVI o XXX del tiempo ordinario

Muéstrate propicio con tus hijos, Señor, y multiplica sobre ellos los dones de tu gracia, para que, encendidos de fe, esperanza y caridad perseveren fielmente en el cumplimiento de tu ley.

Dios todopoderoso y eterno, aumenta nuestra fe, esperanza y caridad, y, para conseguir tus promesas, concédenos amar tus preceptos.

4. Dos apuntes finales

- *La Pascua.* Decíamos al principio que la esperanza cristiana se basa en la resurrección de Cristo. En él ha empezado una vida nueva, la cual vivimos también nosotros por la fe y por el bautismo. Por esto, duran-

te el tiempo de Pascua, revivimos especialmente este acontecimiento que transforma nuestra existencia y nos convierte en hombres y mujeres nuevos, hijos e hijas de Dios, incorporados a Jesús resucitado, por la fuerza del Espíritu Santo que se hace presente especialmente en los sacramentos. Veámoslo, por ejemplo, en la oración colecta del domingo III de Pascua:

Que tu pueblo, Señor, exulte siempre al verse renovado y rejuvenecido en el espíritu, y que la alegría de haber recobrado la adopción filial afiance su esperanza de resucitar gloriosamente.

- *María, signo de consuelo y de esperanza.* Este es el título del prefacio IV de Santa María Virgen. Su texto es suficientemente explícito; que ella sea para nosotros también modelo e intercesora:

Ella, como humilde sierva, escuchó tu palabra y la conservó en su corazón; admirablemente unida al misterio de la redención, perseveró con los apóstoles en la plegaria, mientras esperaban al Espíritu Santo, y ahora brilla en nuestro camino como signo de consuelo y de firme esperanza.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1 ¿Experimento la celebración de la Eucaristía como un alimento para mi esperanza? ¿Cómo? ¿En qué momentos?

2 ¿Hay algún otro sacramento que me ayude especialmente a vivir la esperanza?

3 ¿Vivo la esperanza solo como un objetivo al final del camino o tiene repercusiones también en mi vida de cada día?